

rra devorar a los espíritus del Espíritu de Dios, más transparentes que las cristalinas aguas, más brillantes que el lúcido fuego, a quienes la inspirada poesía nos pinta sobrepujando en luz a las estrellas y al sol en sus rayos; que son lunas de los espejos de la Eternidad, promovedores de los celestes orbes, y guardas, en fin, y custodios continuos de la pobre humanidad?

Otros *escribidores*, no contentos con enterrar a los cuerpos, enterraron a las almas. Y puesto que el espacio de que disponemos no nos permite ir con ellos más allá entre tanto epitafio escrito sin sujeción a ley alguna y que no puede hallarse en ningún filósofo ni escritor antiguo ni moderno, vamos a terminar transcribiendo, en honor de la literatura dedicada a los difuntos, una excelente e histórica composición poética de las que llevamos copiadas:

Detén el paso, oh peregrina, y baña con tierno llanto el mármol de esta losa; que aún ella, acreditándose piadosa, en la inscripción que ofrece te acompaña.

Aquí yace Isabel, Reina de España; la majestad, la pompa más hermosa que entre los lirios fué purpúrea rosa, yace al rigor de la fatal guadaña.

Cuando empezó a vivir, qué suerte impía!

Cuando empezó a reinar, que desconsuelo!

Llegó envidioso de su muerte el día, mas no murió, que con heroico vuelo, como ya el mundo no la merecía, perdióla el mundo, y merecióla el Cielo.

Reine en la literatura del campo santo la luz de la Sabiduría; sean por lo menos sus locuciones claras, naturales y sencillas, propias de la majestad del lugar, cuando la inspiración del poeta, más cercana a Dios, no constituya una plegaria o un cántico al espíritu inmortal.— **J. Soler Cazeaux**

Instantáneas

Oasis de silencio

Salón Biblioteca de la Caja de Pensiones, Silencio. Cabezas inclinadas sobre las mesas usufructuando el producto de otras mentes favorecidas. Respetuosidad de santuario en el ambiente, amenizado con música de bisbiseos, meditación y curiosidad. Puerta cerrada al bullicio y al ruido de la calle.

Pero hay rendijas

Y por ellas penetra la onda vociferante, el griterío chillón de un grupo de mozalbetes. Resuena como un eco hiriente en la quietud del espacio cuadrangular. Es la piedra lanzada en la lisa superficie del lago. O como blasfemia explosiva en la santedad del templo. Tronar de tormenta en la serenidad azul del cielo.

Retorna la calma.

Subitamente el vocerío callejero cesa. Sólo el rumor regular y ordinario de la ciudad se abre paso por la entreabierta ventana y hace vibrar el encalmado aire con un trémulo inofensivo. Silencio nuevamente en el ámbito venerable...

Luego el rin-rin del timbre da punto final al silencio relativo de la velada, y a los pocos momentos el silencio absoluto impera en el templo del saber.

Hasta la mañana siguiente.



Ciudades soñadas

Un culto escritor barcelonés, tan culto para mí que si yo tuviera poder lo nombraría para su ingreso en la Real Academia, escribía tiempo atrás sobre la forma como él mandaría levantar las modernas ciudades. Según su criterio, y creo que me es fiel la memoria, no las empezaría por el centro para irlos ensanchando, sino que lo haría al revés. Empezaría por las afueras para ir dirigiéndose, hacia el centro.

Seguramente que ante este proyecto —¿llamémosle revolucionario?— se pensará igual como pensó este escritor en aquel instante: que esto sería una chifladura. Pero no. Medítese sobre el caso y se comprobará como la idea es de una genialidad maravillosa.

Como ejemplo, apliquémosla a nuestra ciudad. Si se hubiese empezado a trazar nuestro San Feliu por las afueras, ¿nos encontraríamos con ciertas cosas que existen en estas mismas afueras y que hasta llegamos a desconocer los que vivimos en el centro? ¿Tendríamos necesidad de deruir casas del interior de la población, como de vez en cuando lo efectuamos ahora?

Muchas veces, al pasar por ciertas calles mientras nos dirigimos al campo o cerca al mar, tenemos que exclamar: « estas casas de este lado estorban, tendrían que derribarse porque el trazado moderno, como muy bien se señala con las casas que siguen a continuación, demuestra que se salen de la línea. Es la influencia de las afueras. El centro urbano no cuenta. Está caduco y muchas cosas del mismo tienden a desaparecer.

Con esta nueva estructuración sería una delicia vi-

(Continúa en la página 6)

Reflejos

Sobre la importancia del oficio

Se ha dicho muchas veces que en relación a las necesidades del cuerpo social todas las profesiones son importantes relativamente. Y es verdad. Desde el simple basurero que limpia de inmundicias la calle, y que no precisa de estudio alguno para realizar su trabajo, hasta el primer ingeniero cuya labor hace posible una maravillosa construcción, todos dentro de su respectivo puesto contribuyen a la marcha de ese complicado mecanismo que llamamos civilización.

Desde luego que al decir esto no quiere decirse que el rendimiento de cada uno pueda medirse con el mismo rasero valorativo. Que al peón que durante el día levanta toneladas de materia prima para la construcción de un palacio puede dársele importancia equiparada al arquitecto que planeó la obra desde su despacho.

Entre el uno y el otro media un abismo de méritos profesionales que sería necio menospreciar. Existe una escala de valores intelectuales, de aptitudes y conocimientos que hay que tener en cuenta, y sin cuya apreciación carecería de estímulo todo trabajo o empresa. Forzosamente debe haber un orden jerárquico de oficios inalterable e incontrovertible, según las dotes necesarias para el ejercicio de cada uno de ellos. Evidentemente que al extender el calificativo de importantes a todos ellos no significa en modo alguno considerar a la misma altura el papel de cada uno en la obra de conjunto.

Lo que sí cabe, y es necesario repetir para quien lo ignore o pretenda ignorarlo es que toda persona dedicada buenamente a su trabajo particular es digna de respeto y de todos los derechos morales, sea cual sea la condición de su quehacer. Hay que repetir y machacar para los duros de oído, que no hay oficio, por basto que sea que comporte el estigma de despreciable para quien lo realiza. Colaboradores todos en la tarea común de la familia humana, tan apreciable es el rústico campesino que desmenuza terrones de tierra como el intelectual que elabora un código de leyes. Todos y cada uno somos componentes de la hermandad cristiana y como tales debemos respetarnos mutuamente.

Vaya lo dicho para aquellos que en estos tiempos todavía se mantienen en su torre de marfil y miran a los del llano con desdén.

Jesucristo cabalgaba sobre un rucio y San Pedro echaba las redes. ¿Quién pretenderá encumbrarse por encima de Ellos?

Xavier.